

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

TEATROS.

El Principal, único del que podremos hablar hoy, continúa en una especie de interinidad, y por tanto aun no se ha organizado definitivamente la compañía que ha de funcionar en él. Ignoramos si el primer actor Sr. Guerra habrá llegado á esta fecha, pero se le esperaba de un momento á otro, y tenemos entendido además que se ha escrito á otros actores, siendo muy posible que se hayan hecho ya sus ajustes. Con ellos y con algunos de los actuales esperamos que muy pronto se halle la compañía en aptitud de emprender sus nuevas tareas.

Entretanto solo se ha egecutado como nueva la comedia *El inglés y el vizcaino*, arreglada á nuestro teatro por D. Ventura de la Vega; prroduccion rara en sus formas y no exhausta de interés, si bien de regular mérito y nada mas.

Un negociante de Bilbao se vé repentinamente arruinado por la mala fé de su socio, el cual ha huido con sus fondos; razon que halla muy bastante el vizcaino para arrojarle de cabeza en la ria, toda vez que no puede pagar á sus acreedores: y aqui nos hallamos ya con uno de esos tipos que hallamos á cada paso en dramas y en novelas, pero que no vemos sino rarísima vez en el mundo, al menos por acá, donde un concurso de acreedores está muy léjos de llevar tras sí un suicidio. Resuelto nuestro hombre á dar su última zambullida se topa sin saber como con un compañero de viage. Este es un lord inglés, de

esos muy ricos y muy aburridos, que se quieren matar por tal de que les suceda algo. Trabajan conversacion los dos desesperados, y el lord, sin renunciar en lo mas mínimo á su proyecto, ofrece al comerciante cuanto necesita, no solo para cumplir sus empeños, sino para rehacer su fortuna. Vacila el vizcaino; pero tiene una esposa y dos hijas, concluyendo por aceptar, si bien á condicion de que su bienhechor ha de vivir tambien, y declarándole que de no hacerlo así morirán juntos. El lord inglés no puede acceder sin embargo á esta propuesta. Diez años ha que corre el mundo, no ya para distraerse del tedio que le abruma, sino para buscar una porcion de agua bastante agradable para ahogarse en ella, y ha encontrado en la ria de Bilbao ese ameno sitio que anhelaba. ¿A qué pues ir mas léjos?

Movido, sin embargo, por los ruegos del vizcaino que quiere á toda costa presentarlo á su familia, consiente en demorar por breves horas su sumersion, y en su consecuencia la esposa y las hijas de Begoña (que tal era el nombre del negociante) muestran su profunda gratitud á su salvador, obligándole á pasar allí el resto de la noche, muy adelantada ya.

Los dos nuevos amigos, para despedirse del mundo, se proponen beber juntos la copa de la partida; pero uno y otro se embriagan, y por no aguar su vino dejan para el dia siguiente el arrojarle á la ria. Pero al dia siguiente el lord se enamora de una de las hijas de Begoña, ella le corresponde, y el suicidio toma al cabo la forma de un matrimonio, con lo cual ya se supone que termina la comedia.

Ahora bien, no teniendo ella, como no tiene, nada de jocoso, nada de festivo, no parece natural el que promueva una sola vez la risa; y sin embargo no es así. Las estravagancias del lord, por muy graves y serias que sean, son de una especie tan exagerada que hacen reír frecuentemente, y como por otra parte la ingénua franqueza de la muchacha está pintada con acierto, resulta que sin ser esta obra lo que puede llamarse una obra buena literariamente hablando, posee cierto efecto escénico que la hace pasar hasta con gusto. En el original son dos ingleses los principales personajes, y en efecto, á pesar del arreglo, conserva aun el carácter de Begoña cierto sabor inglés, cierta escentricidad británica, de esas que los franceses esplotan con habilidad, si bien á veces con exageración.

La ejecución fué buena, aplaudióse la obra, y mereció ser repetida en uno de los días posteriores.

F. F. A.

LA CALUMNIA DESMENTIDA.

(LEYENDA HISTÓRICA CABALLERESCA DEL SIGLO XI.)

II.

En una espaciosa estancia con riqueza embellecida, de una mujer seductora se ve la dulce sonrisa que sirve de combustible, que de amor el fuego aviva: y sus brazos torneados, y sus rosadas mejillas, con el coral de sus labios y sus sabrosas caricias, encadenaban sin duda la existencia fugitiva del amante, que á su lado gozando estaba delicias.

Embebecidos entrambos con magnética alegría, se contemplan con cariño, y sus ojos se eternizan en iguales direcciones así mezclando su vista: sus palabras son iguales aunque parecen distintas,

sus sentimientos son unos, al mismo tiempo respiran, y laten sus corazones á compás, con armonia; sus impresiones idénticas, uniformes, esquisitas, ejercen gran magnetismo en sus afecciones físicas, sensaciones produciendo en casi todas sus fibras.

Al ver semejantes seres cualquiera decir podría que del uno complemento era el otro en sus delicias; en ellos doblez no existe, desconocen la perfidia, y á los niños se asemejan en su inocencia infinita.

Estando en estos deliquios con amorosa alegría y en secretas expansiones al amor dándole vida, de Leonor llega el esposo, y furioso con la vista del grupo que se estrechaba en su ardorosa porfía su furor ilimitado no sé como lo domina. La explosión de su coraje la sepulta, la aniquila, y colócase en un sitio desde el cual astuto espía las acciones, las palabras de su esposa pervertida, enterándose tambien de todo cuanto él decia, y escrito verá el lector debajo de estas líneas.

BERTRAN.

Hermosa, nunca creyera fuese tan grande mi dicha; en la corte de Alemania ignoraba si existias; pero quiso la fortuna concederme tal albricia, ese goce inesperado, esa encantada delicia que me deja contemplar tus formas incitativas, y aspirar tu grato aliento, y ver tus ojos que brillan, tu cabellera rizada que si el ambiente la agita sobre tu espalda, el contraste sin vacilar nos hechiza; la morbilidad de tu seno y tu plácida sonrisa muy semejante á la luna que se ve en la fuente limpida; ese color de georgiana, la esbellez desconocida peculiar en ese talle que da á la palmera envidia, y por fin ¿quién me dijera que una flor casi divina abriendo otra vez sus pétalos

LEONOR

BERT.

LEON.

BERT.

LEON.

BERT.

LEON.

BERT.

LEON.

BERT.

LEON.

LEONOR.

su néctar me ofrecería?
Pues yo tampoco esperaba
tanta fortuna, mi vida.
Oh! nunca jamás creyera
ni en ilusoria porfía
que el árbol que en otro tiempo
inclinó su copa altiva,
y su frondoso follaje
para dosel me ofrecía,
el árbol á cuyo tronco
estuve harto tiempo unida:
lo repito, no pensaba
con sus ramas estendidas
volverlo á ver á mi lado
sin perder su lozania,
y con ansias, con deseos
de mirar reproducidas
aquellas gratas escenas
de seducción esquisita;
pero al fin, Bertran, te miro,
árbol de ilusión continua,
antorcha de mi esperanza,
espíritu que reanimas
mi existir, y lo transportas
á la region mas divina.
Cesen, cesen las palabras
que tu pasión atestiguan,
no nos sorprendan, hermosa,
pues larga ha sido la cita.
Dime ¿mañana?

BERT.

LEON.

Mañana
se va por algunos días
mi esposo con sus amigos
á cazar.

BERT.

LEON.

Bien, bien, albricias.
Tengo una casa de campo
que al sur de la corte dista
sobre poco mas ó menos
unas veinte y cuatro millas,
y mientras caza mi esposo,
allí estaremos, mi vida,
tranquilos y solitarios.
¿Cuándo marcharás?

BERT.

LEON.

De día.
Y tú despues que anochezca
empezarás la partida,
para evitar que las gentes
tengan sospechas malignas.
Perfectamente.

BERT.

LEON.

BERT.

Si, adios.
Adios, vida de mi vida.—
y don Bertran sale ufano,
lleva en su faz la alegría,
y su Leonor entretanto
deja ver una sonrisa
al recuerdo de la noche
que vendrá al siguiente día.

(Continuará.)

(Remitido.)

E. DE MIRANDA Y RAMIREZ.

A la señorita Doña A....

POESÍA.

Frescas brisas del Atlante
que embalsamais el ambiente,
venid á inspirar mi mente
que voy la lira á pulsar,
y á entonar un dulce canto
que ofrecer á mi adorada,
cuya belleza estremada
tiene en mi pecho un altar.

Oh dicha!... solo al recuerdo
de su nombre arde mi frente,
y siento en ella un torrente
de divina inspiracion;
y lanzan fuego mis ojos,
y el corazón me palpita,
mi cuerpo todo se agita
á impulsos de la pasión.

Dime, mujer hechicera,
la de los ojos turquies,
la de gracia cuando ries,
la de labios de coral,
la de blonda cabellera,
la de dulzura estremada,
la de frente nacarada,
la de rostro angelical,

La de aspecto soberano,
la de megillas de rosa,
la de voz dulce, amorosa,
la de amante corazón,
la de blanca vestidura,
la mas bella entre las bellas,
¿son tus ojos dos centellas
que matan con su fulgor?

La de aliento embalsamado
cual los perfumes de oriente,
la de gentil continente
y mas bella que una huri,
¿me dirás, mujer divina,
si en tu pecho ha penetrado
el fuego de amor sagrado
que me has inspirado á mí?

¿Será un rival importuno
por quien tu pecho se agite,
y tu corazón palpita
estasiado de amor...
mientras tú, mujer perjura,
me estás mintiendo cariño,
y engañándome cual niño
con tu acento halagador?...

¿Será quizá un libertino

que con palabras henchidas
y con frases bien mentidas
logró tu vista turbar...
mientras tú cándida y pura
á mentir no acostumbrada
su plática enamorada
principiastes á escuchar?...

¿No ves, cándida paloma,
que te engaña el fementido,
que en su pecho endurecido
no halla nido la pasión?...
¿No ves que su labio impuro
con cinismo desusado,
profana el amor sagrado,
del Eterno emanación?...

Y mientras esto te escribo
con la sangre de mis venas
que brotar hacen las penas
que sufre mi corazón,
te suplico, hermosa Aliemi,
que mitigues tus enojos
y me dirijan tus ojos
una mirada de amor.

(Remitido.)

F. NIETO.

Cádiz, 24 de Setiembre de 1855.

Varias consideraciones nos han obligado á copiar los siguientes trozos de un diario de Buenos Aires, que por acaso ha llegado á nuestras manos. Es la primera el que allí se hace mencion de los aplausos obtenidos en aquel teatro por actores muchos años ha conocidos en Cádiz, y que por lo visto han justificado el proverbio de que *nadie es profeta en su patria*. Al menos aquí, si bien recibidos en el Circo con benevolencia, no recordamos alcanzasen jamás tan alto encomio, ni mucho menos, y eso en papeles que les hemos visto ejecutar no pocas veces.

La segunda razón que hemos tenido para trasladar tales párrafos nace de la circunstancia de hallarse próximo á partir para el mismo punto de América un excelente cuadro de compañía, en el cual figura en primer término la Sra. Duclos, artista de alto concepto. ¿Qué guardará para ella y para sus compañeros el periódico argentino cuando llegue á juzgar sus taréas? Tenemos curiosidad por saberlo. Así dice el periódico:

CRÓNICA LOCAL.

Jugar con fuego.—La compañía dramática del teatro de la Victoria, se ha trasformado anoche en una verdadera compañía lírica, conquistando un laurel mas á los muchos que forman hoy su corona.

La zarzuela en tres actos *Jugar con fuego* fué puesta en escena, con un aparato de decoraciones y una riqueza tal en los trages, que nada dejaron que desear, al estremo de ofrecer la apariencia de una ópera de grande espectáculo.

El argumento de esta zarzuela es sencillo, y los hechos se van desarrollando con una naturalidad que sorprende, hasta llegar á su terminación, sin que haya un solo suceso que no parezca una deducción lógica y natural de los que le han precedido.

El inteligente autor de esta zarzuela parece haber querido reunir en ella todos los géneros, pues en el primer acto asistimos á una opereta cómica, en el segundo á una ópera seria, y en el tercero á un sainete lleno de chiste y oportunidad, sin que por esto desmerezca en lo mas minimo ni el interés ni la naturalidad del argumento.

Ya hemos dicho que las decoraciones fueron excelentes; y en efecto, se ha podido notar que la compañía dramática no ha perdonado sacrificio alguno para presentárnosla con todo el aparato digno del mérito lírico y dramático de que tan mercedamente goza esta produccion. Otro tanto decimos de los trajes, pues nadie al ver la riqueza de los que ofrecia anoche la compañía se habria podido figurar, á no saberlo de antemano, que asistia á la representacion de una zarzuela, y creeria hallarse ante la exhibicion de una gran ópera.

Por lo que respecta á la ejecucion, solo diremos que aparte de algunas pequeñas imperfecciones, que naturalmente debian esperarse de una compañía que no profesa el arte lírico, ella fué en efecto sorprendente, y las ardorosas manifestaciones del público fueron una prueba patente del placer con que fuera generalmente y sin escepcion recibida anoche esta interesante produccion.

La Sra. Valentina, siempre interesante y simpática, desplegó anoche en el rol de la duquesa, cualidades que verdaderamente sorprendieron al público, vocalizando de una manera ciertamente admirable, á lo que se unen esa gracia, ó sal ática, como diria Lord Byron, que imprime á todas sus acciones y movimientos, siempre que aparece en la escena, y con especialidad en las piezas líricas que le hemos visto desempeñar.

El Sr. Enamorado, en el rol del marqués, estuvo igualmente, como de costumbre, á la altura de su rol. Con una voz poderosa y llena, con una entonación firme, y una posición sostenida y digna sobre la escena, secundó admirablemente los esfuerzos de la Sra. Valentina, mereciendo ambos que en el dueto de la carta del segundo acto, el entusiasmo del público, no pudiendo contenerse, se lo hiciera repetir por dos veces consecutivas, terminando siempre bajo el estruendoso ruido de los bravos y palmoteos.

El Sr. Rico, tuvo algunos momentos felices, si bien en otros, dejándose llevar un poco más allá de lo conveniente, nos ofreció algunos calderones con que echó á perder completamente el buen efecto de sus anteriores esfuerzos. El Sr. Rico, que unas veces peca por esa timidez y falta de aplomo que le hacen aparecer desairado en las tablas, se escende otras y cae en el exceso contrario, cuando por querer dar más expresión y sentimiento al canto, se deja llevar como hemos dicho ya, más allá de lo que la naturalidad y el buen gusto aconsejan.

De los demás actores nada diremos, pues respecto á la parte dramática, no dejaron nada que desear, desempeñándose como de costumbre muy especialmente el Sr. Torres, que en el rol del duque hizo cuanto podía esperarse de su reconocido talento.

La zarzuela terminó bajo los atronadores palmoteos y bravos del público, que pidió la repetición de la escena última, ó sea la procesión de los locos, la que no obstante el aparato de farsa que como era natural debía representar, fué de grande efecto y muy bien desempeñada, con especialidad por el oficial que con una especie de bastón de tambor mayor dirigía la marcha de la compañía de locos.

La compañía dramática hará bien en repetir muy pronto esta lindísima zarzuela, que indudablemente ha sido acogida por el público con entusiasmo. Aconsejamos á los que no hayan asistido anoche, no dejen de hacerlo en la primera oportunidad, si quieren gozar de un momento muy agradable.

Beneficio del Sr. García Delgado.—Este actor favorito del público nos ofrece su beneficio para mañana, habiendo escogido la excelente comedia de costumbres, en verso, *Jugar por tabla*. El reconocido talento y buen gusto del Sr. García Delgado, son una garantía del mérito de la obra que ofrece al público en su beneficio.

En seguida se ejecutará por la compañía coreográfica el baile tan aplaudido hace algunas noches titulado *La Inglesita*.

Después del baile seguirá la petipieza nueva

Para un opuro un amigo.

Por fin de fiesta, la interesante señora Valentina cantará *La Pepa*, esa célebre canción española que, ejecutada por la Sra. Biscaccianti, fué tan aplaudida por sus entusiastas partidarios.

Después de *La Pepa*, la Sra. Valentina cantará *El Tripili*, haciendo el célebre Frago el rol de poeta, y el inteligente Sr. Enamorado el de compositor.

La función que nos ofrece el Sr. García Delgado, es digna del actor que ha sabido conquistarse tan sinceras simpatías en el público, que no dudamos asistirá con placer, recompensando así los visibles esfuerzos que hace para complacerle.

Según estamos informados, deseoso el beneficiado de contribuir en un todo á la comodidad del público, la función deberá terminar á las once de la noche, evitando así la incomodidad que causan esas funciones que concluyen á una hora intempestiva.

MI DESEO.

A ELLA.

Anhele, amada mía,
Gozar contigo el matinal ambiente
Cuando cercano el día
Con su matiz naciente
Abre las puertas del rosado oriente.

Que al son de dulce lira
Escuchases mi acento dolorido
Que solo amor respira;
Que tu nombre querido
Por los aires vagase repetido.

Que en mi seno amoroso
Reclinaras tu lánguida cabeza,
Mientras yo cariñoso
Guardaba con ternura
Tu dulce sueño y tu sin par belleza.

Y mientras que al reposo
Te abandonabas en fragante lecho,
Velarte cuidadoso
Palpitante mi pecho
Y de placer en lágrimas deshecho.

Y la ambrosia divina
Libar que mana de tus labios rojos;
Y obtener, bella Ondina,
Risueña y sin enojos
Una mirada de tus garzos ojos.

Y al esparcir la brisa
Al céfiro tu blonda cabellera,
Que una dulce sonrisa
De tu boca hechicera
En ensueños de amor me adormeciera.

Y cuando armoniosa
Lira de amor el cántico entonara,
Que tu voz melodiosa
Bella huri, resonara,
Y un dulce «yo te adoro» murmurara.

¿Do hallar mayor delicia
Que tu voz escuchar, melosa y pura,
Y obtener tu caricia?
Mas ¡ay! la suerte dura
Niega á mi corazon tanta ventura.

¿Qué hice yo, desgraciado,
Para que con tan fiera tiranía
Me persiga así el hado
Sin que la pena mia
Piedad alcance de la suerte impía?

¿Cual ¡ay! fué mi delito
Para que en mi las furias se cebasen
Y con goce maldito
Mi pecho destrozasen
Y mi triste existencia acibarasen?

¿Bastante no ha sufrido
De la funesta y enemiga suerte
Mi pecho dolorido,
O es mi sino tan fuerte
Que solo paz encontraré en la muerte?

Mas no, no desespero,
Que al ver la negra angustia que revela
Mi canto lastimero,
Mi virginal gacela
Al corazon dará la paz que anhela.

De ella solo consuelo
Puede esperar mi alma atribulada,
Y siendo ángel del cielo
¿Dejará abandonada
Una existencia ya tan degradada?

Ah! yo te adoro, hermosa,
Yo te idolatro y en tu fe confío;
Y pues eres mi diosa,
Responde cariñosa
Al amor que consume el pecho mio.

(Remitido.)

J. M. B.

De la mano de Dios debe estar dejado ciertamente el autor de la siguiente carta, que tomamos de un periódico americano, y de cuya autenticidad estamos muy lejos de responder. Nosotros podemos concebir en efecto un ha-

rem de Turquía; pero solo con sus altas tapias y su guardia de eunucos, y aun eso sin imaginar siquiera que aquello sea el bello ideal de la felicidad de las mujeres allí almacenadas. Lo que no nos cabe en la cabeza es un harem al aire libre, siquiera sea en el desierto, y mucho menos que una ó dos ó tres mujeres, no solo vivan contentas, sino que aconsejan á su comun esposo la adquisicion de otras nuevas. ¿De qué barro habrán sido formadas hembras tales? De seguro no lo serán de este otro barro de que se formaron las de acá.

En fin ya que hay mujeres que se acomodan á vivir con solos los derechos de las gallinas, buen provecho les haga; pero tengan por seguro que en nuestra tierra será perdido su ejemplo, y no habrá ninguna que caiga en semejante tentacion. Gracias cuando no caen en otra tentacion de un género enteramente opuesto.

VARIEDADES.

Carta de un mormon.—Apologia de la poligamia.....—El Tribune de Chicago publica la siguiente carta curiosa, capaz de llenar el camino de Utah de solterones refractarios y de cónyuges masculinos mal avenidos con el consorcio singular: «Cuando vine al desierto habia muchos hombres que no tenían mas que una mujer, y muchos ó todos los recién llegados se oponían á la poligamia. Pero así que vieron lo bien que vivían estas familias con dos ó mas mujeres en la mas completa armonía desaparecieron sus escrúpulos, y las mujeres fueron las primeras en cambiar de opinion. Si ahora se pusiese á votacion este particular estoy seguro de que de diez mujeres nueve estarían por la continuacion de nuestro actual sistema. Ellas están por este sistema mucho mas que los hombres, porque á estos les proporciona cargas pesadas, aunque es cierto que nuestras esposas en el desierto no aspiran á echarla de señoras muy cumplidas y ambicionan ardientemente ayudar á sus maridos y á sus hermanos y hermanas.

Aquí hay pocos hombres que tengan mas de cinco esposas, y muchos no tienen sino una, habiéndolos que no tienen ninguna. Yo mismo no tengo sino tres. Sarah Ana, la prima de V., con quien me casé en el estado de Nueva York, es sobre todo mi predilecta y la que gobierna la casa. Hace dos años

que me casé con miss S., de Ohio, que se ha encargado de educar á los niños y les cuida la ropa. La tercera, que tomé hace tres meses es de Hamburgo, Alemania. Es mas alta que Sarah y que Isabel (así se llama mi segunda), y, lo digo sin exajeracion, es muy hermosa. Es de buen tamaño, muy llena de carnes, con una garganta redonda, pelo rubio y ojos azules. Se hizo cargo de sus nuevas obligaciones con maravillosa alegría, y es muy feliz lo mismo que Sarah é Isabel. No hay nada de celos ni esa propension á arrancar el pelo á todas las demás mujeres que V. tal vez cree debiera haber en estos casos.

Siempre estamos pensando en el tiempo futuro en que nos veremos todos reunidos en nuestro pequeño Eden, donde trabajaremos los unos para los otros y educaremos á nuestros hijos.

Todo esto le sorprenderá á V., pero aun le sorprenderá mucho mas el saber que todas mis tres mujeres están deseosísimas de que tenga otra mas, una que por educacion y naturaleza sea apta para hacerse cargo de la estancia. Con semejante arreglo en cada departamento del establecimiento bien organizado á estilo patriarcal tendria su gefe para continuar en buen orden. No me siento inclinado á tener mas mujeres; pero si insisten tomaré una cuarta sin ninguna consideracion egoista de mi parte.

Mi hija Luisa está comprometida con un hombre de Pensilvania que tiene una esposa y tres hijos.

No es muy de mi gusto ese matrimonio, pero no me opondré á él en lo mas minimo puesto que á ella le gusta, y el matrimonio seria por otra parte muy honroso y en una palabra de provecho para mi.

Ahora, mi querido amigo, preguntará V. en qué ha parado todo esto? Yo se lo diré á V. En el desierto no hay libertinos, ni casas de mala fama, ni esas seducciones que arruinan las casas mas honradas de los Estados Unidos. Bajo el imperio de las leyes aquí cada mujer tiene lo que Dios quiso que tuviese, un marido; y un hombre, si la necesita, una mujer. Y la mujer que es esposa de un hombre que tiene otra u otras es mas feliz que si fuese única, porque en la pluralidad están divididos los quehaceres de la casa. Habrá mas niños, convengo; pero eso contribuirá á la mayor felicidad de los siervos de Dios, el cual nos enseñó nuestro deber. Pero observe V. bien, no hay hijos ilegítimos en el desierto, no hay hijos de la infamia que son avergonzados por sus madres y un sonrojo hasta para la misma sociedad.

No trataré de probar á V. con argumentos que sus sentimientos en materia de matrimonio son hijos de la educacion únicamente é injustificables. Pero si le convidó á pasar con nosotros un par de años en el desierto y los resultados le probarán el error en que ahora está V. viviendo».

A LA NOCHE.

Gratas horas de placer
¡A qué os he de recordar
Si os sintió el alma pasar
Quizá para no volver!

Bien vengas velada en sombras,
Triste noche solitaria;
Solo en ti consuelo encuentran
Los pesares de mi alma.

Solo en tu melancolia,
Entre tus sombras se calman
Las que en mi pecho se agitan
Horribles, fieras borrascas.

Guarde su encanto la aurora
Bulliciosa y sonrosada,
Que con tus horas tranquilas
Mejor mis penas hermanan.

En tu silencio solemne
Aun mas hechizos se hallan;
Mi abrasado pensamiento
Llenas de memorias gratas.

Memorias ¡ay! de otra noche (1)
Cual tú de encantos rodeada,
Que no por ser del invierno
Fué menos bella y templada.

Aun pienso por mi desdicha
Ver aquella luna opaca
Colorando las praderas
Con sus tintas azuladas.

Ya se ocultaba en un grupo
De ligeras nubes blancas,
Ya testigo de mi dicha
Complaciase en alumbrarla.

Ora el canto lastimero
De algun ave se escuchaba,
Ora los rumores vagos
De la poblacion cercana.

Y la noche, las praderas,
La luna, el ave, las auras,
El mar visto desde lejos,

(1) La del 23 de Diciembre de 1854.

La soledad y la calma,

Formaban tantos contrastes,
Armonías tan variadas,
Que del eden un trasunto
Casi lo creyó mi alma.

¡Qué de sentimientos tiernos
A la mente se agolpaban!
¡Qué de sueños lisonjeros!
¡Qué de ilusiones doradas!
De placer fueron momentos
Pero siglos de esperanza.

Tales son las sensaciones
Que el alma agitan y encantan,
Que tierno en ella enciende
Amor su primera llama.

¡Parece todo tan bello
Cuando el amor nos halaga!
¡Cuando sobre nuestra vida
Estiende sus lindas alas
Misterioso cual la noche,
Risueño cual la esperanza!...

¡Mas ay! en vano mi pecho
Suspira, gime, y se afana,
De tanta ventura solo
Quedó una memoria amarga.

Todo se perdió en el tiempo
Para no tornar mañana,
Cual las pasadas edades,
Cual los días de la infancia.

Por eso solo en tus sombras,
Triste noche solitaria,
Consuelo y alivio encuentran
Los pesares de mi alma.

(Remitido.) J. DE P. BLANCO.

Solucion á la charada inserta en el número anterior.

Para acertar tu charada
se necesita muy poco,
prima repetida es *coco*
que es la fruta mencionada.

Ya hemos descifrado esta,
pero si mal no me esplico
el nombre forma de *mico*
segunda á prima antepuesta.

Falta decirte que el *no*
es frase triste y sombría,
y creo por vida mia
que ya bastante se habló.

Ya la tienes descifrada:
en ella tuviste tino,
que aunque le sobra el *comino*
es salsa bienazonada.

MIGUEL H. B.

LA MODA se publica todos los Domingos.
Con el primer número de cada mes, recibirán los
Sres. suscritores una lámina litografiada de figuri-
nes, dibujos de crochet, ó una hoja grande de pa-
trones, etc.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, REVISTA MÉDICA, plaza de la Constitucion,
número 11.

“ LIBRERIA ESPAÑOLA, calle de Guaneros,
número 56.

En S. Fernando: D. Juan Alvarez, Libreria Es-
pañola.

En Puerto Real: D. Francisco P. Márquez.

En Medina Sidonia: D. M. Giorla.

En Algeciras: D. Rafael de Muro.

En Málaga: D. Francisco P. Moya.

En el Puerto de Sta. Maria: D. José Valderrama.

En Sanlúcar: D. José Quesada, y D. José M.^a Esper.

En Jerez: D. José Bueno, y D. Ramon Jordi.

En Sevilla: D. Francisco Alvarez y C.^a, D. José M.^a
Geoffrin y D. Juan Antonio Fé.

En Madrid: Sra. Viuda de Sanchez, D. Leocadio
Lopez, y D. C. Bailly-Bailliere.

En Barcelona: Llorens Hermanos, D. Juan Oliveres,
Sra. Viuda Sauri.

En Las Palmas de Canarias: D. M. Collina, y D. An-
tonio Dreostes.